

De la trinidad suprema
Que el mar y los vientos doma ;

Á sus tremendos embates
Debilitadas y rotas,
Sucumbieran una á una
Cediéndole la corona.

Tú de Miriam en el alma
Hiciste heridas tan hondas ;
Tales torrentes vertiste
De envenenada ponzoña

En el purísimo seno
De aquella casta paloma,
Que entre Dios y los humanos
Fué divina intercesora ;

Que sin la fuerza invencible
De la llama generosa
De eterno amor y fé pura
Y esperanza animadora,

Que en su pecho inmenso ardia,
Trina, incontrastable antorcha ;
Vencida acaso, doblara
Su frente á tales congojas.

Desde el instante supremo
En que de la etérea bóveda
Partió el paraninfo, nuncio
De la nueva portentosa

De la redencion del mundo :
¡ Cuántos sustos y zozobras,
Cuántos agudos pesares
Desgarraron su alma heróica !

Madre pierde al hijo caro,
Huérfana á su padre llora,
Y viuda desolada
Es ya la que fuera esposa.

Y estas penas que al humano
Tan crudamente acongojan,
Cuando en el mar de la vida
Vienen distantes y solas :

Juntas, terribles, sañudas,
En el corazon se agolpan
De Miriam, y lo desgarran
Con ansia devoradora ;

— Mas en la ruda palestra
Triunfa la escelsa matrona,
Y el negro báratro gime
Confesando su derrota.

VI.

Así Miriam fué en la tierra,
Que desde la enorme culpa
De nuestra primera madre
Yacia en noche profunda,

La llama de amor sublime,
De la fé lumbrera augusta,
Y de la blanda esperanza
Antorcha serena y pura.

En ella el Omnipotente
De las humanas angustias
Apiadado al fin, enviéonos
Consuelo y paz y ventura,

Y en vano allá del Averno
Aquella ominosa turba
De arcángeles maldecidos
Que bajo el pendon se aduna

Del feroz Luzbel, en saña
Ardiendo implacable, ahulla,
Exhalando en gritos roncros
Su torpe, impotente furia.

Y en vano, sobre la tierra
Generaciones ilusas,
Del negro error defensoras
Contra la alma verdad pugnan,

Que como el sol en el cielo
Con fulgor mas vivo alumbra
De una deshecha borrasca
Tras la espantosa pavora :

Tal del torvo paganismo
Tras la impenetrable bruma,
Lució el sol del Evangelio
Con luz perenne y fecunda.

Mas al ver su disco claro
Brillar en la eterna altura,
Los númenes del Erebo
Ne nuevo á nefanda lucha

Se preparan, ostentando
La temeraria bravura
Del que en el mortal combate
Su sola esperanza funda.

Mas con la primer derrota
Que en la lid primera injusta
Sufrió su rebelde brio
Contra la potencia suma :

LA FÉ CRISTIANA.

VIII.

« ¡ Haya luz ! » dijo Dios. — Aun turba el
[viento

Con terrible rumor su voz divina,
Y ya luce en el vasto firmamento
La primera alborada matutina :
Mil mundos con pausado movimiento
Marchan á dó su amor los encamina,
Y en un instante el universo adulto
Rinde al Sumo Hacedor devoto culto.

De árido pedregal manan las fuentes
Y á confundirse van al manso rio,
Y el rio con sus diáfanas corrientes
Se arroja en medio al piélago bravío :
Surgen los montes, brotan los torrentes,
Y á la voz del Supremo poderío,
De seres mil, millares de millares
Van á poblar el viento y tierra y mares.

¡ Hay un Dios ! — Le tributan homenaje
La encina secular en el altura,
El zumbador insecto entre el follaje,
El cristalino arroyo que murmura ;
En su tierno, dulcísimo lenguaje,
Le canta el ruiseñor en la espesura,
En su gruta el leon con su rugido,
Con su arrullo la tórtola en su nido.

¡ Hay un Dios ! tierra y mar, y fuego y
[viento
Cantando van á un tiempo en su alabanza ;
Revela su hermosura el firmamento,
La tempestad su túrbida pujanza ;
Su infinito saber el pensamiento,
Su bondad infinita la esperanza,
El almo sol su brillo soberano,
¡ Su vasta inmensidad el Oceano !

Solo el hombre infeliz erró el camino,
¡ Ceguera incomprensible y lastimosa !
El mas perfecto sér que al mundo vino,
De Dios la criatura mas preciosa ;
El soberano del Eden divino,
Aquel á quien su mano generosa
Dió un fulgente destello de su ciencia,
¡ Ese solo dudó de su existencia !

Dudó ; — fué mas allá : — ¡ negó el
[menguado
Que hubiera un Dios, en su febril locura !
¡ Negó al Señor, el Rey de lo creado !
¡ Renegó del Criador la criatura !

En conciliábulo torpe
La inmensa falange impura,
Á despecho de su audacia
Con mil temores fluctúa.

Mas no puede en tantos odios
Vencer la pérvida astucia,
Y ya al hirviente coraje
La sed de venganza triunfa.

Que en la cruz que allá del Gólgota
Domina en la negra altura,
Ven los ángeles perversos
De sus altares la tumba.

Como acorralada fiera
Que ve imposible la fuga,
Y á perros y cazadores
Se revuelve furibunda :

Así Luzbel maldecido,
A quien su rencor abrumba,
Prepara el último alarde
De su pujanza consunta.

Y el labio cárdeno, tinto
De sanguinolenta espuma,
Á la árdua lid se abalanza
Con desesperada furia.

Al grito feroz de guerra
El báratro se conturba,
Y las maldecidas haces
Se desparraman confusas

Sobre la tierra : de Cristo
Los soldados fuertes luchan :
Corre á torrentes la sangre
En montañas y llanuras ;

— Pero Miriam los acorre
Desde el cielo en la árdua pugna,
¡ Y esplendorosa y triunfante
Sale la fé con su ayuda !

VII.

MARIA fué la milagrosa fuente
Entre espesos zarzales escondida,
De cuya linfa pura y trasparente
Brotó copioso el manantial de vida :
Creóla para sí el Omnipotente,
Entre todas las otras elegida,
Y á completar su esencia soberana
Hízola madre de la fé cristiana.

El, miserable siervo del pecado,
Ardiendo en saña y en soberbia impura,
¡No hay mas Dios, exclamó en su desatino,
Ni mas ley ni mas freno que el destino!

¡El destino! — Dios ciego que un demente
Á su antojo formó, como él pequeño;
Monstruosa creacion de insana mente,
Mentida sombra que abortó un ensueño:
Al bien como á los males impotente,
Mirando sin favor ni torvo ceño
Al vicio y la virtud, y así al verdugo
Como al que espira só el infame yugo.

O bien, astro fatal cuya carrera
Es dó tiene la muerte su dominio;
Divinidad terrífica que impera
Sobre campos de sangre y esterminio:
Monstruo devorador, cuya hambre fiera
No saciada en el lúgubre triclinio,
Le impele á devastar con ciego encono,
Y asienta entre cadáveres su trono.

Si á todo pone fin la cruda muerte,
¿ Á qué el renombre que el mortal ansía?
Si todo ha de parar en polvo inerte,
¿ Á qué tanto anhelar, tanta agonía?
¿ Para qué la virtud del varon fuerte?
¿ Para qué la inspirada poésía?
El númen de los cantos inmortales
¿ Qué busca en tan desiertos arenales?

¿ Dejó su asiento en el sublime coro,
Abandonó las salas diamantinas,
Para cernerse acá con triste lloro
Sobre desolacion, luto y ruinas?
Y el eterno laud de cuerdas de oro,
Las armonías del Eden divinas,
¿ Qué entónces fueran, sino duelo y llanto
Digno cantar en infortunio tanto?

El himno funeral que el cisne entona
Al cerrar á la luz sus tristes ojos;
De fúnebre ciprés mustia corona
Que anuncia de la muerte los despojos;
Viento que gime en solitaria zona
Entre zarzas estériles y abrojos,
¡ Sin hallar una planta, un eco amigo
Que repita su voz y le dé abrigo!

¿ Qué es el hombre lanzado en esta tierra,
Sin la luz de la antorcha soberana,
Sin el raudal de júbilo que encierra
La fuente pura de la fé cristiana?
Muévenle sus pasiones cruda guerra,
Y si la débil fortaleza humana
Opone solo á su tremendo embate,
¿ Cómo vencer en el mortal combate?

Cual la flor que en fructífero terreno
Con la savia del sol vivificante,
Gala y orgullo del pensil ameno,
Crece olorosa y bella y rozagante;
Trasplantada despues á suelo ajeno
Pierde su esplendidez, su olor fragante,
Y á darle nueva vida, extraño fuego
Nunca es bastante, ni amoroso riego:

Así el débil mortal á la flaqueza
Del propio corazon abandonado,
Camina de este mundo en la aspereza
De negras sombras y de horror cercado:
Victima del temor y la tristeza;
Con la ominosa carga del pecado
Pesando siempre en los cansados hombros,
Se arrastra entre zarzales y entre escom-
[bros.

Que es su fé vacilante, su amor frio,
Su caridad mezquina y limitada,
Su pensamiento el caos ó el vacío,
Tinieblas el fulgor de su mirada:
Su ardimiento temor, flaqueza el brio,
Miseria su ambicion, ¡ su ciencia nada!
Júzgase un dios en su delirio insano,
¡ Y ante el trono de Dios es un gusano!

Todo lo que su escasa inteligencia
Crea, pasa veloz. — De cien naciones,
¿ Dónde ahora la fama y prepotencia?
¿ Qué fué de los tímidos Faraones?
¿ Qué del griego poder, la clara ciencia?
Imperios y ciudades, religiones,
Y leyes y costumbres; ¿ dónde fueron?
¡ Ay! ¡ en polvo fugaz se convirtieron!

Del Eufrates undoso en la ribera,
Acaso busca el docto peregrino
Dónde fué la metrópoli altanera
Del vasto imperio del famoso Nino:
Restos, cenizas fúnebres dóquiera
Embarazan el lúgubre camino,
Y el eco de su voz solo retumba
Só el techo de la inmensa catacumba.

Todo era miedo y llanto y desventura
En las tinieblas de la noche humana;
El mundo era una vasta sepultura
Dó reinaba la muerte soberana:
Cuando tú, Sumo Dios, tú, fuente pura
Dó la santa verdad copiosa mana,
Del Sinaí celestial bajaste al suelo
Á darnos en tu ley vida y consuelo.

Lucha en vano el error. — Hombres os-
Se lanzan á la lid con faz serena: ¡ entos
« ¡ Morir para vencer! » gritan seguros,
Y en sangre bañan la ominosa arena:

Ya tiemblan los satélites impuros
Al ver el entusiasmo que enajena
Á las sagradas víctimas, y el fiero
Dejan caer, ensangrentado acero.

Y no solo los fuertes campeones
Arrostran el poder de los tiranos;
Las vírgenes de tiernos corazones,
Las esposas, los débiles ancianos,
Inermes al furor de los sayones
Se entregan, y á los tigres africanos;
¡ Y la madre tal vez en santa ofrenda
Presenta de su amor la única prenda!

Brotó la luz: — Llegó á su complemento
La humanidad maldita y degradada;
La tierra, el mar, los ámbitos del viento
Repitieron la nueva deseada:
Y del bátrato al fondo turbulento
La falange de espíritus malvada,
Huyendo se lanzó del númen fuerte,
Único triunfador contra la muerte.

¡ Bella, inmortal, benéfica, divina,
Omnipotente fé, siempre triunfante!
Del alma fortaleza diamantina,
Que miedo infunde al infernal gigante;
Fuentes de amor serena y cristalina
Que ofrece grata sombra al caminante.

Y con sus puras ondas se convoca
En medio del desierto de la vida:

Faro amigo que surge en lo lejano
Al náufrago infeliz en noche oscura,
Cuando rugiendo airado el Oceano
Y llena el alma de mortal pavora,
En vano esfuerza la cansada mano
Á luchar con su indómita bravura,
Y al ver la luz en la ribera ansiada
Cobra vigor y con aliento nada:

Sublime fé, del hombre compañera,
Á sus trémulos pasos docto guía;
Única luz de claridad sincera,
Única inspiracion que no estravía:
Único amigo cuya voz severa
Nos consuela y ampara en la agonía,
Mostrándonos risueño en lontananza
El puerto que soñó nuestra esperanza:

¡ Salve, pura centella desprendida
Del foco inmenso de la eterna lumbre!
¡ Salve, perenne manantial de vida
Que brotaste del Gólgota en la cumbre!
Tú eres el ígneo rayo que intimida,
El iris de la paz y mansedumbre,
De todo bien generador fecundo,
¡ Ciencia, virtud, poder, alma del mundo!